



*El problema de las mujeres ha sido “el problema que no ha tenido nombre”. La cuestión es precisamente “nombrarlo”.*

Betty Friedan

## *Capítulo - email 1*

**Poseer un nombre**

Quien más, quien menos, mis hermanos y amigos tenían claro cómo se llamaban, a quién parecerse, pero desde que alcanzo a recordar yo siempre he sido una persona sin nombre. Literalmente: una persona sin nombre.

A simple vista, que yo no tuviera nombre sólo se advertía en el color de mi piel, algo más agrisado, como dos tonos de luminosidad menos que la gente que sí tiene nombre. Sigue siendo la mía una piel demasiado imprecisa, como si poseyera la indeterminación del movimiento. Como efecto, desde siempre ha parecido que mi carne no tiene un límite claro, que una suerte de esfumato recorre mi cuerpo difuminándolo entre las paredes de la casa o entre las casas de la calle. Esa era la razón por la que mamá me enseñó a elegir, no siempre con éxito, los colores más llamativos para mi ropa, queriendo evitar que quedara camuflada entre las cortinas del salón o que me perdieran de vista cuando nos llevaban de excursión al parque de Doña Casilda.

Ya entonces todos a mi alrededor fingían tratar con relativa normalidad que yo no tuviera nombre. Sí, sabían que esto pasaba alguna vez, aunque pasara muy raramente y que, por mucho que se empeñara la gente, cualquier nombre o apellido que se nos pusiera a las personas afectadas, se escurría irremisiblemente hasta las plantas de los pies y de ahí al suelo, como líquido sobre cristal. Eso es lo que siempre había pasado, lo que marcaba el sentido común de la experiencia con las personas sin nombre.

La experiencia, sin embargo, no evitó que surgieran nuevas explicaciones sobre por qué yo no tenía nombre y casi todo el mundo sí. Primero fueron los médicos, luego los libros, más tarde alguna noticia periódica en la prensa los días mundiales dedicados a las cosas que no se resuelven fácilmente, y todavía hoy, personas que me voy encontrando en Internet. Mis padres las fueron recopilando y me las fueron contando, enmendando cada cierto tiempo la explicación anterior y sustituyendo a las historias que habitualmente se cuentan a los niños antes de dormir.

Al principio hablaban de enfermedades y buscaban respuestas allí donde la medicina siempre indaga: en el déficit de alguna sustancia, en la fuga o pérdida de algo importante para ser uno mismo (“uno mismo”: *dícese de una*

*persona con el número esperado de dedos, piernas, ojos, riñones, brazos, glóbulos rojos y blancos; una persona que en el conjunto de sus miembros, órganos y conciencia responde al nombre que otros eligen para ella).*

Con los años empezaron a hablarme de patologías relacionadas con las palabras, las historias y el pasado, con la imposibilidad de algunas personas para encajar en los nombres existentes y de los nombres existentes para encajar en estas personas. Así, las distintas explicaciones convertidas en relatos requerían de mí un fuerte empeño por vivir, no sucumbir a las posibles consecuencias del rechazo a los nombres. La escena con la que me atemorizaban era mi imagen difuminada del todo, una suerte de fantasma interior que amenazaba con sustituirme; o mi cuerpo tan pequeño como una lenteja corriendo el riesgo de desaparecer o en el mejor de los casos no llegar a ser vista y, así, tener ya una razón objetiva para no ser nombrada. Había entonces que luchar por existir y ser eso tan borroso e importante para el ser humano como “uno mismo” (en redundante versión propia: *dícese de una persona que en el conjunto de sus miembros, órganos y conciencia responde al nombre que otros eligen para ella y decide, o no, apropiárselo*).

La secuencia previsible de los días animó a que pronto mi familia decidiera vivirlo como si fuera algo a lo que habituarse, algo que no hay que curar. Y esto hicieron. Mientras yo, desde aquellas conversaciones que, como efecto de esta rareza y de la vulnerabilidad que le presuponían a mi cuerpo, mantenían mis padres sobre lo efímero de la vida, descubrí que el tiempo era limitado y que era también lo más importante. Por eso y porque desde que alcanzo a recordar me encanta vivir, he vivido pensando en mi vida y he ido aplazando ese requerimiento humano de tener un nombre. ¿Acaso no es el nombre algo que casi siempre usan los otros, los que ponen los nombres, que esa es una tarea que asumen los demás, quienes nos nombran, y que para con uno mismo rara vez tienes que decirte algo en voz alta?

A lo largo de mi vida siempre he escuchado que un nombre limita pero también arropa y sostiene, por la cercanía de quienes están en esa misma orilla, en ese grupo de los nombres que da el pasado y la tradición; ese grupo de nombres que te genera una expectativa y casi siempre una vereda algo más hollada para tu futuro (...*será enfermera, será maestra...*). A menudo he escuchado que frente a estas expectativas que generan los nombres, quienes se salen de la vereda, transitan sin apenas referencias por desiertos sin camino o por confusos, barrocos y tupidos mundos cargados de ellas. En ambos casos el resultado es el mismo: parece fácil perderse (...*disculpe, ¿dónde el desvío para ser una “prestigiosa ingeniera”?*), *¿puede indicarme, si siendo mujer por aquí se va a*

*“ser astronauta”...?, ¿dónde tengo que girar para poder crear el futuro feisbuk?). Debo decirle que en mi vida como ingeniera no me ha asustado perderme.*

No crea sin embargo que he cedido complaciente a lo que todos han considerado una imposibilidad, sé que sin nombre nada quedará de mí. Simplemente lo he ido posponiendo y aguardaba una ocasión propicia para hacer un intento que venga de mi propia voluntad. No me he decidido hasta hoy porque he andado ocupada viviendo y enlazando días y horas. Teniendo el empuje de su petición, creo que ha llegado el momento de probar.

A mis setenta y siete años, mis símbolos y ropajes son ya tumores que me acompañan y si hoy no logran limitar -nunca lo harán del todo- lo que soy, si me envalentonan a intentarlo: “ponerme un nombre”, yo misma, ese nombre que acaso logre titular mi vida y que consienta quedarse conmigo, o en mi lugar cuando yo no esté. ¿Por qué no? Su mensaje me anima a ello. No crea que la oportunidad estaba dormida en mi silla, andaba esperando el impulso, la excusa para conectar algunos puntos de mi pasado y descubrir la palabra elegida. Es además lo que usted, señor rector, me reclama en su email: un nombre, mi nombre, con el que dice querer bautizar su proyecto, ese nuevo instituto de investigación sobre tecnología y futuro.

**Instituto Internacional de Tecnología y Futuro** \_\_\_\_\_

**Nazioarteko Teknologia eta Etorkizuna Institutua** \_\_\_\_\_

**International Institute of Technology and Future** \_\_\_\_\_

Créame que agradezco el reconocimiento que usted y la universidad quieren hacerme con ese homenaje. Me emociona comprobar cómo han dejado el hueco para escribir las palabras que de mí esperan, pero le pido algo más de tiempo para pensar cómo voy a llamarme y poder darle ese nombre que me pide. Confío en que con lo ya vivido encuentre las palabras necesarias en poco tiempo. Le haré partícipe de mi búsqueda. Me pongo con ello en este preciso instante.